

atención á las cosas mas pequeñas que le vimos practicar en la iglesia de Bérgamo, fueron sus ordinarias ocupaciones en la de Pádua, señalándose especialmente en la visita que hizo ocho veces por sí mismo en toda la extension de aquella vasta diócesi en los treinta y tres años que la gobernó. Descubrió en una de ellas que habia penetrado en algunos pueblos la infame secta de Molinos y de sus quietistas, y no sosegó un instante hasta que la vió enteramente destruida en todo su obispado.

Tantas obras y tan propias de un pastor perfecto no podian menos de grangearle la veneracion y afecto de su grey; pero al mismo tiempo su celo por la observancia le atrajo el ódio de algunos eclesiásticos díscolos que no podian sufrir la regla debida propia de su estado. No encontrando cosa alguna que tachar en sus obras ni en sus instrucciones pastorales, trataron sus enemigos de ridiculizar su persona acusándole de imprudente, indiscreto é inflexible. Tomáronse algunos la licencia de despreciarle en público con palabras injuriosas: hicieron otros fijar en algunos puntos de la ciudad carteles infamatorios contra él: hubo quien osó arrancar sus decretos de los lugares acostumbrados y desgarrarlos á vista de todo el pueblo. Los canónigos mismos de su catedral contestáronle algunas veces el egercicio de su autoridad; y algunos párrocos, cabildos y comunidades religiosas, entablado instancias sobre varios puntos de jurisdiccion, le obligaron á presentarse en Venecia para defender su causa. Llegó por fin á encontrarse un sacrilego que trató de asesinarle; pero tan horrible atentado solamente sirvió para hacerle mas semejante á su protector

y modelo San Carlos. Fue el caso que habiendo amenazado un caballero á su esposa, recurrió ésta al santo pastor implorando su proteccion, quien la hizo entrar para su seguridad en cierto conservatorio. Enfurecido mas y mas el caballero, acechó al cardenal y le disparó una pistola á quema ropa; pero erró su tiro, quedando ileso el santo obispo. Toda la ciudad se indignó contra semejante atrocidad; solo el siervo de Dios que no habia temido el peligro, estuvo tan léjos de resentirse, que observó y mandó á sus familiares observar el mas profundo silencio.

58. En el largo tiempo de su cardenalato vió cinco veces vacante la Silla apostólica, sin que jamás pensase en aspirar á aquel sublime puesto; pero despues de la muerte de Alejandro VIII halló al cónclave tan dispuesto en su favor, que no faltó mas que su consentimiento, y puede decirse que no fue Papa porque no quiso. Aun no habia salido de Pádua, ya le aclamaba Pontífice la voz comun en Roma, la que se fue aumentando cuanto mas se acercaba él á la capital, de suerte que luego que se supo el dia fijo de su llegada, corrió toda la ciudad á la puerta Flaminia para ver y saludar á su futuro Soberano. Pero informado el cardenal de aquella novedad, al llegar al puente Milvio hizo repentinamente mudar de direccion, y corriendo á lo largo del Tiber fue á entrar por otra puerta sin que nadie lo viese, y se encaminó directamente al lugar del cónclave. Las demostraciones que le hicieron sus cólegas le dieron luego á conocer que no le habia engañado la voz comun; mas en medio de la consternacion que produjo en él la verosimilitud y cuasi

certeza de su eleccion, no omitió medio alguno para evitarla. Sin embargo, los cardenales que llevaban la voz de los diferentes partidos se desentendieron de la oposicion de Barbárico, y siguieron sus operaciones conforme al primer plan que se habian propuesto. En un escrutinio llegaron á contarse treinta y tres votos á su favor, faltándole muy pocos para quedar elegido por no estar completo el número de cardenales; y en vista de ello, no queriendo los de los otros partidos que fuese elegido sin su voto, comenzaron á ofrecerlo para el nuevo escrutinio. Trabajó entonces incansablemente el Beato Gregorio, y vió por fin reunidos los sufragios en favor del cardenal Pignatelli, ó sea Inocencio XII, exclamando en consecuencia con extraordinaria alegría: *ó Señor, habeis quebrantado mis lazos, yo os ofreceré un sacrificio de alabanza.* Verificada la eleccion y cuando los cardenales acompañaban procesionalmente al nuevo Papa á la iglesia de San Pedro, los ojos de todo el concurso fijáronse en Barbárico, y no hubo uno solo que no conociese la verdadera alegría que inundaba su corazón al verse libre del pontificado. Uno de los cardenales que asistieron á aquel cónclave, al pasar por Pádua veinte años despues, quiso visitar el sepulcro en que yacia su cadáver; y habiendo oido que algunos hablaban de milagros obrados por la intercesion del santo obispo, dijo: „por quanto á mí no necesito ver otros milagros suyos habiendo visto uno que basta solo para canonizarle. Pudo poseer el pontificado tan ciertamente como es cierto que tengo yo en la mano este capelo, y solo él fue el único que se opuso á sí mismo.”

59. Seis años sobrevivió el santo obispo de Pádua á la eleccion de Inocencio XII, en cuyo período, contemplando ya cercano el término de su carrera, preparóse á la muerte con un tenor de vida mas santo y fervoroso, pero sin disminuir en nada las tareas ordinarias de su episcopado. El continuo trabajo y sus rigurosas penitencias habian debilitado su salud de manera que se veia con frecuencia acometido de enfermedades peligrosas. Los rigores del frio padecidos en una visita de su diócesi le acarrearon tal contraccion en las manos, que, á pesar de todos los remedios, jamás pudo recobrar el uso expedito de ellas. Habia otorgado ya su testamento, en el que instituyó por sus únicos herederos al seminario y á la congregacion de oblados, cuando en el mes de Junio de 1697, fatigado por los trabajos de la visita que habia emprendido y continuaba á pesar del extraordinario calor que se dejó sentir aquel año, habiendo vuelto á Pádua á celebrar la fiesta de San Antonio y despues de haber oficiado de pontifical como acostumbraba, sintióse en el mismo dia atacado de una fiebre violentísima que le redujo en breve al último extremo. Conoció entonces que iba á morir, y absorto todo en Dios y en la contemplacion del juicio se le oyó exclamar repetidas veces entre el temor y la esperanza: *Dios me llama á darle cuenta de tantas almas, ¿qué será de mí! Señor, he esperado siempre en Vos, no seré confundido eternamente.* Aplicáronsele todos los remedios y auxilios del arte; pero todo fue inútil pues el mal se aumentaba por momentos. En la madrugada del dia que murió, declararon los facultativos hallarle mejorado;

mas apenas se habian ausentado, cuando el sacerdote que le asistia conoció que iba á espirar y le administró la extremauncion. Repitió despues el santo obispo con voz moribunda sus acostumbradas palabras: *Señor, en Vos he esperado*, y sin que ninguno de los circustantes lo percibiese, entregó plácidamente el espíritu al Criador el día 18 de Junio de 1697 á los setenta y dos años de su edad.

60. Las ligeras insinuaciones que hemos hecho al recorrer las épocas principales de la vida del Beato Gregorio, no bastan á expresar la idea debida de sus extraordinarias virtudes; por lo que no será fuera de propósito exponerlas mas detenidamente para confirmar la verdad de que no solo en los tiempos apostólicos y en los siglos de oro del cristianismo, sino en toda edad y época se han encontrado grandes siervos de Dios y héroes consumados de la Religion. El santo temor de Dios puede decirse que fue la base de todas las virtudes del digno obispo de Bérgamo y de Pádua. Pareció haber nacido con él, pues desde sus primeros dias dió muestras evidentes de tenerle íntimamente esculpido en el corazon. La brillantéz de su familia, los peligros de largos viages hechos en la época mas difícil de la vida, el aprecio y alabanzas de quantos le trataban, nada fue parte á hacerle olvidar aquel santo temor y su inmediato efecto el ódio y horror al solo nombre de pecado. Abominaba la mentira de tal modo, que no solo no se encontró jamás en su boca, sino que apuraba en todos sus hechos y hasta en la data de una simple carta la mas escrupulosa veracidad. A este candor angelical acompañaba

una modestia singular, por la que jamás quiso permitir en su persona ninguno de los oficios propios de un ayuda de cámara, sirviéndose á sí mismo en todo. Si alguna palabra inmodesta ó menos decente llegaba á sus oídos, ruborizábase de tal suerte que nadie podia menos de advertirlo. Declaró la guerra á las pinturas obscenas, y logró exterminarlas de todos aquellos lugares en que podian servir de tropiezo á la juventud. No permitia la entrada en su palacio á las mugeres sino por causas gravísimas, y cuando era absolutamente preciso las daba audiencia delante de alguno de sus familiares. Sobre este punto no solamente fue rígido consigo mismo, sino tambien para los demás, pues habiendo oido cierto dia á su mayordomo proferir algunas palabras indecorosas, lo licenció inmediatamente. Nada tenia por pequeñez en materia de pureza, acostumbrado á decir que, á manera de un terso cristal, no solo puede fácilmente quebrarse, sino que está sujeta tambien á empañarse con el menor hálito. La oracion y la mortificacion fueron los dos medios de que se sirvió para conservar esta inocencia. De la primera vino á formarse tal costumbre, que puede decirse de él con toda verdad que su vida era una oracion continuada. Sin embargo, consagraba algunos dias señalados á este egercicio, retirándose todos los años por espacio de ocho dias á un convento, en los que daba enteró desahogo á su fervor no ocupándose de otro pensamiento que de Dios y de la salvacion de su alma. No es necesario despues de esto expresar su tierna devocion á la Santísima Virgen y algunos Santos, especialmente á su protector y modelo San Carlos, cuyo sepulcro fue

á visitar algunas veces en Milán. Su mortificación fue en algunos puntos cuasi increíble. En los treinta y tres años que gobernó la iglesia de Pádua, jamás se permitió un solo día de descanso ni un solo paseo por recreación. En la comida era tan parco, que muchos días consistia todo su alimento en un pedazo de pan y un puñado de pasas; y habia dado orden que su gasto ordinario no excediese jamás la cantidad de dos reales. Su pan era el mas inferior destinado para los pobres, y acostumbraba á decir que era mas apetitoso y mas sano. La noche que sirve comunmente á todos de descanso, reservábala para las prácticas de la penitencia y oracion. Desde el día en que fue consagrado obispo se hizo un deber de aquellas palabras de San Pablo: *castigo á mi cuerpo y redúzcolo á servidumbre, no sea que mientras predico á los demás quede yo reprobado*; y las disciplinas, cadenas y cilicios fueron las armas con que se hizo la mas cruda guerra tratando á su cuerpo á guisa de enemigo.

Parco en la comida, modesto y aun pobre en el vestido, avaro del sueño, rígido consigo mismo, macerador de su propio cuerpo, ¿qué bien hubiera reportado la sociedad si estas solas hubiesen sido las virtudes de Gregorio? Pero era imposible que su alma verdaderamente grande se ciñese á su propia santificación, y olvidase por un solo momento el bien de sus semejantes. Las obras comprobaron esta verdad. Miró siempre á los pobres como á los verdaderos dueños de sus rentas, y decia que él no era mas que su tutor, que cuando le pedian limosna le pedian lo que les era debido, y que haciéndola él no daba cosa alguna que fuese suya.

Calculadas las limosnas que hizo en el tiempo de su obispado de Pádua, subió la cantidad á mas de ochocientos mil ducados venecianos. Señaló dos días á la semana para distribuir pan á todos los pobres de la ciudad: asignó limosnas fijas á todos los establecimientos pobres, como los conservatorios de expósitos, huérfanos é inválidos. Solia tambien remitir ocultamente á las casas de los menesterosos vergonzantes cuanto podian necesitar; y llegó ocasion de entregar á una familia noble en una sola vez mil ducados, y quinientos á otro caballero que no tenia con qué dotar á su hija. Hallándose en otra ocasion enfermo en cama, le entregaron un memorial en el que una pobre jóven se quejaba de su mayordomo porque no queria darle la cama que le habia prometido: hizo inmediatamente llamar al mayordomo, preguntóle por qué no daba la cama á la jóven, y al oírle que no quedaba ninguna porque se habian distribuido todas, repuso con autoridad: *ó buscad una cama para la jóven, ó hacedle entregar inmediatamente esta mia*. Otro día en una audiencia pública le expuso un párroco que dos hermanas núbiles se hallaban en gran peligro si no se las socorria inmediatamente con que pudiesen casarse: llamó luego el cardenal á su mayordomo, preguntóle si tenia dinero ó algunos frutos que vender: contestó el ministro que nada habia de uno ni de otro: *bien*, dijo entonces el cardenal, *vende luego el tiro y la carroza y tráeme el precio*. Fue preciso obedecer: vendiéronse los caballos y el carruage: tomó el cardenal el dinero, hizo llamar al párroco, entrególe seiscientos ducados, cantidad que se estimó conveniente para ambas dotes, y

dispensó el término de las proclamas para que ni un solo día tardasen las infelices á salir de peligro. No hay pensar que fuesen solamente los pobres el objeto de su tierna caridad: los presos, los afligidos de cualquiera suerte y los enfermos de todas clases hallaban en el santo obispo un padre y un consolador. Hacíase dar cuenta por los párrocos de todos los enfermos de la ciudad para ir personalmente á visitarlos, sin que jamás le arredrase la miseria ni el peligro de infección. Cuando se le daba noticia de algun moribundo, corría inmediatamente y sin ningun ceremonia á ausiliarle y confortarle con sus palabras y bendicion. Sin embargo, á pesar de una caridad tan ardiente y de un celo tan paternal y verdaderamente apostólico, su profunda humildad le habia hecho formar de sí mismo la mas baja opinion. Aunque obispo y cardenal, y justo apreciador de su alta dignidad, no se estimaba en mas que al ínfimo sacerdote; y nunca consintió que los presbíteros le prestasen algun oficio de servidumbre personal fuera de las sagradas funciones. Siendo tan grande su humildad, es ya fácil de comprender su mansedumbre y aquella paciencia inalterable que mostró á pesar de las contradicciones, amenazas é insultos que tuvo repetidas veces que sufrir de sus propios súbditos. No solo no conservó jamás resentimiento alguno contra sus declarados enemigos, sino que al contrario parecia un mérito para adquirir sus favores y estimacion el haberle injuriado. Así lo mostró en cien ocasiones, y especialmente cuando por su mediacion y buenos informes obtuvo el principal de sus contrarios el importante cargo de auditor de la Rota romana, y cuando despues de

haberle reprendido ágríamente un simple presbítero á presencia de un numeroso concurso, contestóle á todos los capítulos de acusacion como si diese cuenta á un superior, y en adelante le prestó todas las atenciones de una particular benevolencia. Todos admiraban la heróica perfeccion del santo obispo, y aquella páz y alegría inalterable, propia de un hombre cuyo espíritu está enteramente unido á su Dios; y de la admiracion de sus virtudes provino la nombradía de santidad que se extendió por toda Italia y fuera de ella aun durante su vida.

61. Contribuyó no poco á aumentar esta nombradía la fama de los milagros que obró Dios por su intercesion antes y despues de su muerte. Seria larga empresa referirlos todos; nos ceñiremos solamente á expresar los mas remarcables. Murió en Pádua un clérigo herido de un rayo, corrió el pueblo, segun costumbre, á observar el cadáver, y todos se compadecian de tan infausta suerte: sobrevino el cardenal, acercóse y lloró por la desgracia, y despues de una breve oracion hizo la señal de la cruz sobre el cuerpo exánime. Comenzó éste entonces á moverse, y como si despertase de un profundo sueño, levantóse el clérigo enteramente sano y corrió á besar la mano bienhechora de aquel por cuyas oraciones habia tornado á la vida. Verificóse el prodigio en público á presencia de innumerable muchedumbre de toda clase de personas, y fueron tantos los testigos cuantos los espectadores. Restituyó tambien la salud á un piadoso comerciante de Pádua desauiciado ya de los médicos, diciéndole solamente que diese gracias á Dios porque no moriria de aquella enfermedad. Mostró asimismo su

poder sobre la naturaleza cuando amenazado él mismo y sus compañeros de un inminente peligro por haberse desprendido un enorme peñasco desde la cima de la montaña por cuya falda caminaban, con sola la señal de la cruz le hizo tomar otra direccion en su caída, quedando en consecuencia ilesos y admirados todos los de su comitiva. Despues de su muerte, el solo tacto de su capelo y vestido sanó á una religiosa herida mortalmente de un golpe de piedra, y á otra muger que tenia el brazo derecho gangrenado; y estos dos prodigios fueron examinados y aprobados en su beatificacion.

La veneracion que le acarrearón sus milagros y mas aun sus virtudes, es solamente comparable á la de los mas grandes héroes de la Religion. Todos los cardenales de su tiempo le respetaban como santo, llamándole repetidas veces el San Carlos de Pádua. El célebre cardenal Noris hace su elógió en su *Historia pelagiana*, dándole el título de varon respetable por su erudicion y por la santidad de su vida. Iguales elógió le tributaron el padre Mabillon y el historiador de la república de Venecia. El gran duque de Toscana Cosme III, tan justo apreciador de los hombres, celebró como uno de los dias mas plausibles de su vida aquel en que alojó en su palacio al santo obispo de Pádua, y recibió de sus manos las insignias de gran maestre de la órden de San Estévan. En una palabra, hasta los mismos enemigos de la iglesia romana tributaron al cardenal Barbárigo los homenages de su admiracion y respeto, señalándose especialmente algunos ingleses que viajaron de propósito á Pádua para conocerle y admirarle.

62. Por el mismo tiempo pronunció Clemente XIII otros decretos de beatificacion y canonizacion de algunos compatriotas suyos y del Beato Barbárigo. El amor de la pátria puede decirse que ocupaba incesantemente el ánimo de aquel Pontífice en medio de los inmensos cuidados de su ministerio pastoral, no olvidando jamás ninguna de aquellas cosas que podian contribuir á aumentar las glorias del nombre veneciano en lo tocante á las materias eclesiásticas y religiosas. Declaró, pues, y reanimó el culto público que se tributaba ya anteriormente á los Beatos Pedro Acotanto y Juan Marinoni, patricio el primero y el segundo ciudadano de Venecia. Algun tiempo despues celebró la canonizacion de otro veneciano célebre ya en toda la Iglesia por sus extraordinarias obras y virtudes. Fue éste San Gerónimo Emiliani, fundador de la congregacion de la Somasca, beatificado ya por Benedicto XIV, de cuyas virtudes y méritos habló en su lugar el abate Bercastel ⁽¹⁾.

63. Publicó tambien entonces Clemente XIII su famosa bula *Apostolicum* en la que confirma de nuevo el instituto y las reglas de la Compañía de Jesus. Habia hecho ya el Pontífice repetidos esfuerzos en favor de los jesuitas: habia escrito á algunos Soberanos y á diferentes obispos: habia procurado inspirar á Luis XV sentimientos de benevolencia para con aquellos religiosos; pero estas diferentes tentativas no bastaron á detener el curso de aquella causa famosa. Lisonjeóse acaso el Papa de que una constitucion solemne haria mas efecto; sin embargo su bula *Apostolicum* no fue mas feliz que sus

(1) *Hist. lib. 6o. núm. 7.*